

En un hecho concreto, actuoso y experimental dicen poco las opiniones teóricas y abstractas; me parece, pues, más razonable y equitativo sostener un diálogo sereno y reposado con quienes conocen la Parroquia y sus necesidades antes de lanzarse a una aventura que —cuando menos— puede ser una pérdida lamentable de tiempo.

De todos es sabido que el antiguo principio: «divide y vencerás», tiene su eficiencia hoy como ayer y como siempre. Esto no obstante, es imprescindible un auténtico, sincero y responsabilizador diálogo que aclare más y más ciertos extremos que han de tenerse siempre muy en cuenta.

(Suena el teléfono. La habitación del P. Estanislao es la que carga con la responsabilidad de la Parroquia. El lo sabe y se presta con celo apostólico. Sabe que un telefonazo puede ser el de la última oportunidad para uno de sus enfermos. Pienso en la ciudad yo.)

—Por la ciudad corren aires de proyecto sobre el Club San Francisco, reforma de la iglesia, iglesia en ruta, ¿qué habrá sobre ello?

—Conocen más y mejor lo que se refiere a Manzanares quienes llevan ya cierto tiempo que cuantos acaban de llegar. Por eso tan sólo diré que, cuando corren y corren rumores insistentes, será que existe algún fundamento para ello.

—¿Su mayor ilusión hoy?

—Que el día en que abandone Manzanares —por lo que sea— por traslado o fallecimiento me sienta plenamente satisfecho, ante Dios y ante mi conciencia, de haber realizado la delicada y tremenda misión a mí confiada.

(El P. Estanislao tiene prisa. Alguien le espera. Las preguntas se hacen insistencia.)

—Defina su línea apostólica. Su parroquia ideal. Sus planes y proyectos.

—«Mi parroquia ideal» no existe. Lo ideal es siempre una aspiración que no cristaliza en realidad. Yo me contentaría con una parroquia real, en donde todos, sacerdotes y laicos sean auténtica Iglesia, vivan este convencimiento en toda su vida y acepten todas las magníficas consecuencias que de ello se derivan.

La línea apostólica a seguir está ya bien trazada. El Decreto CHRISTUS DOMINUS sobre el oficio pastoral de los Obispos, dice bien terminantemente: «Las formas de apostolado han de acomodarse debidamente a las necesidades actuales, teniendo en cuenta las condiciones de los hombres, no sólo espirituales y morales sino también sociales, demográficas y económicas». (O. 17 c.)

Concretamente puedo asegurarle que no soy inmovilista que ate, dificulte y anquilose todo empuje vital —venga de donde venga— que favorezca a la Iglesia y a la vida eclesial; pero tampoco acepto, ni mucho menos, el principio de aquellos que gritan a todos los vientos: «recedant vetera, nova sint omnia». Me parece mucho más prudente, realista y eficaz no quitar, no des-

truir nada hasta tanto que haya puesto o edificado algo que lo sustituya o lo perfeccione.

—¿De planes y proyectos?... tengo para mí que es mucho mejor hacer que decir; que importa o interesa más obrar que hablar; que los hechos sean quienes nos hagan ver que existían planes y proyectos.

—¿Duerme bien?

—Recuerdo haber oído muchas veces que el General Primo de Rivera decía a sus íntimos: «Cuando voy a descansar procuro decir a los cuidados, preocupaciones y negocios que no los recibía a consulta de noche para poder atenderlos mejor de día». Esta lección del gran estadista es sumamente aleccionadora; lo malo es que alguna vez, aunque uno cierre la puerta a estos inoportunos visitantes, ellos se cuelen por la ventana y le jueguen a uno una mala pasada.

—¿Cuál es su «hobby»?

—Como buen capuchino, cierta inquietud espiritual que me obliga a estar siempre en camino. Siempre me hizo gracia una expresión hace mucho tiempo escuchada: «Al capuchino la muerte le encuentra siempre en camino»... Estar en camino, viajar, peregrinar —en todo el amplio significado de la palabra—. Y ahora me da la impresión de haber llegado ya a la meta...

—¿Cómo ve el apostolado de la enseñanza?

—El apostolado de la enseñanza es hoy más necesario que nunca. El hombre actual está acuciado por el deseo de saber... por el ansia de conocer... por la necesidad de una formación más amplia, más selecta y más cultivada. Por eso hoy más que nunca hemos de proyectarnos con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra vitalidad, con todo nuestro cariño. Es un mandato categórico y terminante de la Iglesia. En la Declaración GRAVISSIMUM EDUCATIONIS, sobre la educación cristiana, se lee: «El Santo Concilio ecuménico considera atentamente la importancia gravísima de la educación en la vida del hombre y su influjo cada vez mayor en el progreso social contemporáneo. En la realidad la verdadera educación de la juventud e incluso también una constante formación de los adultos, se hace más fácil y urgente en las actuales circunstancias. Los cristianos conságrense con especial cuidado a la educación de los niños y de los adolescentes por medio de escuelas de todo género, que deben ser consideradas no sólo como medio extraordinario para formar y atender a la juventud cristiana, sino también como servicio extraordinariamente valioso a los hombres».

—Opine sobre la Revista «SIEMBRA».

—Quizá no tenga todos los criterios suficientes para opinar sobre «SIEMBRA», pero ya que usted me lo manda, al decirme: OPINE —un imperativo categórico—, me atrevo a decirle que creo no ha llenado los objetivos propuestos, y que tal vez —por esto mismo— no ha calado hondamente en el ánimo de los habitantes de esta ciudad.

(continúa en la página 13.)